

FERNANDO MOLINA APARICIO: *La tierra del martirio español. El País Vasco y España en el siglo del nacionalismo*, CEPC, Madrid, 2005.

Retrospectivamente, parece claro que, desde al menos el primer tercio del siglo XIX, en Europa cobraba un protagonismo creciente la nación. Sin embargo, no en todas las monarquías europeas irrumpió este sujeto de la for-

ma en como lo había hecho en Francia, ataviado de *sans-culotte* y con voluntad regicida. En algunas de estas monarquías, como la española, la nación, se ha dicho, «floreció» en la lucha contra la ocupación francesa, en la idea del pueblo en armas, soberano frente al extranjero y tensamente leal al Borbón destronado. Desde entonces la nación española, básicamente católica y heterodoxa en sus formas de adhesión al trono, hubo de ser definida en un escenario cambiante, pero en el que la competencia política sería una constante, habida cuenta de la existencia de proyectos y visiones encontrados acerca de cómo organizar el Estado que se expresaron no sólo en alternancia de élites y de sistemas políticos sino también en guerras civiles.

La historia que cuenta el libro de Fernando Molina es la traducción al caso español de una polémica que afectó al conjunto de Europa y, con sus particularidades, también a América Latina: la definición de la ciudadanía a partir del sujeto político nación como un cuerpo esencialmente cívico y participativo o étnico cultural. Esta diferenciación extrema entre uno y otro modelo de nación es más convencional que verdaderamente histórica; sólo hay que reparar, por ejemplo, en que la nación cívica «a la francesa» nació como un actor representable al que, desde muy pronto, fue necesario prestar culto. Por eso, la afirmación: «La nación surgió como una acertada respuesta al problema de la legitimación del ejercicio del poder en las nuevas sociedades desacralizadas» (pág. 42) no parece del todo exacta. Michael Burleigh, por ejemplo, en su reciente *Poder terrenal (Religión y Política en Europa)*, Taurus, 2005) ha insistido en que el nacionalismo no sustituyó en un sentido absoluto al cristianismo, sino que heredó sus lógicas de sacralidad (págs. 175 y ss.) Ninguna forma de nacionalismo prescindió de ese componente.

Con frecuencia se distinguen nacionalismos cívicos y étnico culturales para, implícitamente, conferirle al primero un prurito de racionalidad y dignidad sobre el segundo, lo cual dificulta una comprensión cabal del fenómeno nacional en sus múltiples facetas y versiones. Todo nacionalismo precisa referir un conjunto de características y argumentos, de tipo incuestionable, desde los que justificar su existencia. Que entre estas características se exalten con especial dedicación la sangre o el amor a la libertad no determina la forma que el nacionalismo adopte. Éste tiene una existencia previa al repertorio de argumentos que escoge para elaborar el discurso nacional.

Por otra parte, el libro de Molina contiene un análisis complejo sobre un fenómeno que sólo de forma relativamente reciente ha suscitado el interés de los historiadores: el nacionalismo español en su fase constituyente, en el siglo de los nacionalismos. Este nacionalismo español se nutrió de un componente esencial: la definición y representación de lo vasco hacia el último tercio de siglo. Lo vasco derivó de un tránsito plagado de vericuetos desde la proverbial

polémica foral y el carlismo: dos problemas clásicos y básicamente ajenos a la cuestión nacional y sólo integrados a la misma, en la perspectiva del autor, de manera estratégica por unas élites que necesitaban «temas» desde los que justificar la competencia política en un país traspasado por la «tendencia cainita», el espíritu de confrontación. La guerra civil (tanto en un sentido material como figurado), para el autor, explica la imposibilidad de que el nacionalismo de Estado se impusiera «en una dirección liberal y laica» (pág. 30). De alguna manera entonces, Molina hace descansar la explicación última acerca de la esencia de los nacionalismos en la historia de España en una antropología difusa, que él nombra, por cierto, en clave bíblica, como tendencia cainita y cuyo sentido, de no precisarse en una dirección distinta, evoca «el problema de España». Como muy probablemente el autor está lejos de considerar que esa sea la explicación última a procesos políticos tan complejos como la creación de los nacionalismos, cabría pedirle que revise la importancia que, en varias ocasiones a lo largo del libro, parece conferir a la guerra civil. Portugal, sin ir más lejos, sufrió a lo largo del siglo una serie de enfrentamientos bélicos de signo similar, que dieron resultados muy diferentes.

A pesar de que en diversos momentos de su libro Fernando Molina parece asumir la supuesta dicotomía entre formas opuestas de nacionalismo y la imposibilidad de acuerdo para definir una nación finalmente liberal, lo cierto es que su trabajo se dirige, desde muy pronto, hacia donde de verdad importa: a contar la forja del discurso nacionalista español y, de paso, del vasco, cuyos orígenes remotos están íntimamente conectados con los de aquél. El trabajo de Molina es exactamente sobre esto: qué problemas, a lo largo del siglo XIX, afectan y determinan la conformación del nacionalismo español y por qué juega en este proceso lo vasco un papel tan primordial. Sólo de lo dicho debería inferirse que, aunque el protagonista principal de este libro es el nacionalismo español, su historia no puede contarse obviando las estrechas conexiones existentes entre su trayectoria decimonónica y las interpretaciones de lo vasco que, al culminar el siglo, darán en la aparición de un nacionalismo excluyente y separatista.

La movilización en nombre de valores patrióticos resultó relativamente sencilla y rápida en el conjunto de Europa. Una vez que la amenaza napoleónica desapareció de la escena, una vez que la patria-nación había surgido al mundo en forma de resistencia y orgullosa soberanía, se iniciaba la competencia para tutelarla, constituir la, dotarla de contenido. Y como no existió un acuerdo acerca de qué mundo era mejor, sacralizado o laico, transgresor o conservador, jerarquizado, reglado y predeterminado o socialmente laxo y dúctil, tampoco podía haberlo en torno a de qué materia, de qué sustancia última estaba compuesta la nación.

La lucha por determinar esto último se manifestó en el caso español de una particular manera. El debate historiográfico reciente nos ha ido haciendo comprender que los espacios nacionales aparecieron paralelamente a las identidades regionales, y no necesariamente en contraposición a las mismas, o al menos no de manera permanente. El libro de Fernando Molina Aparicio constituye una de las referencias más sólidas y con más amplia proyección dentro de ese debate. Su trabajo nos habla de la forma en cómo una identidad regional vasca sirvió al propósito de crear un nacionalismo español que, por avatares que en el libro se narran, se define por contraposición a lo vasco.

De entre estos avatares constituye un capítulo especialmente relevante el proceso por medio del cual llegó a producirse una asimilación del moderantismo y el fuerismo después de la primera guerra carlista. Este discurso ejemplifica mejor que el progresista la forma como en España se resuelve la extinción del Antiguo Régimen mediante la adaptación de uno de sus componentes más característicos (el foralismo) a una nueva realidad que solemos denominar liberal, a lo largo del período isabelino.

Sin embargo, en el transcurso de la última guerra carlista y al consolidar el sistema de la Restauración el resultado de la misma, esta relación entre moderantismo y fuerismo se altera radicalmente. Y ello porque, como cuenta el autor, al estallar la guerra civil de 1872: «La interpretación de la foralidad como preservativo contra la revolución y baluarte de la unidad católica, el canto a la descentralización política frente a la centralización revolucionaria, la exaltación de los tradicionales mitos revolucionarios de origen (pactismo, inmemorialidad, independencia originaria), todo mostraba la identificación cultural entre el discurso carlista y el fuerista isabelino» (pág. 125). De manera que al sobrevenir la Restauración, se había contrapuesto a la retórica de los fueros la de la nación encarnada en la Monarquía restaurada. De la alianza entre fuerismo y moderantismo durante la etapa isabelina, se pasa a la identificación de carlismo y fuerismo durante la Restauración, sin ser el carlismo de signo separatista sino incluso nacionalista español, ultramonárquico y ultracatólico.

Por otra parte, el fuerismo podía derivar, o no hacerlo, en el nacionalismo vasco y lo cierto es que este último terminó por asumirlo e incorporarlo estratégicamente. También estratégicamente ocurrió que el nacionalismo español, en su versión finalmente triunfante, la conservadora y sólo tibiamente parlamentaria, terminó por generar la identidad vasca. Promovió su aparición como un expediente que le permitió, especialmente, dos cosas: eludir la percepción del carlismo como lo que verdaderamente era: un problema nacional; y promocionar la existencia de ámbitos de resistencia al liberalismo

en su versión más avanzada, es decir, en su variante demócrata con fuerte protagonismo del sujeto que sería el principal competidor de la nación durante décadas: la clase. Diversos sectores progresistas participarían de esta promoción en la medida en que les permitía derivar en los vascos la responsabilidad del fracaso del Estado nacional de 1868. El nacionalismo español —nos cuenta Fernando Molina— fue forjándose, desde el Sexenio hasta la Restauración, al tiempo que contribuía a la creación de una identidad vasca con una impronta fuertemente étnica y una dirección política de signo separatista.

Sin embargo, la monarquía restaurada tuvo como principal adalid a Cánovas, un personaje naturalmente sensible a las reivindicaciones fueristas. El régimen del Concierto, inaugurado bajo su patrocinio en 1878, fue más que un pacto de Estado con las élites vascas que garantizaba la lealtad de aquéllas, puesto que al reconocer la particular idiosincrasia étnica vasca introducía un elemento de contención ante cualquier intento por diseñar un modelo constitucional basado en el principio de igualdad ciudadana. La narrativa profundamente histórica en la que se asentaba el sistema canovista integraba de manera natural el discurso foralista. Y ello a pesar de que, como muy bien explica Molina, el Concierto pasó por abolición de los fueros, y constituyó de inmediato un episodio glorioso en el martirio y la épica que inventó el posterior nacionalismo vasco; pero ésa ya es otra historia.

Por último, el libro de Fernando Molina es sobre todo una narración contada con extraordinaria inteligencia, en la que se resitúan temas centrales en la historia española del siglo XIX, como la polémica foral, la construcción de discursos e identidades por parte de las principales opciones políticas (incluido el carlismo) y su evolución en el tiempo y la circunstancia en que sobreviene la restauración de la monarquía, entre otros. Y todo ello trabado en la exposición de un argumento controvertido pero en extremo consistente en la presentación del autor: el nacionalismo español, al tiempo que se definía a sí mismo, creó las condiciones para el surgimiento ulterior del nacionalismo vasco y sus desarrollos en el transcurso del siglo XX.

*Noelia Adánez*